

LAS EXPERIENCIAS DE LA PAUSA

INTRODUCCIÓN

THE EXPERIENCES OF THE BREAK

INTRODUCTION

Resumen

“Al pensar pertenece tanto el movimiento –anota Walter Benjamin– como la detención de los pensamientos. Allí donde el pensar, en una constelación saturada de tensiones, llega a detenerse, aparece la imagen dialéctica. Es la cesura en el movimiento del pensar” (Benjamin, 2016, p. 478). [...] En efecto, las incontables experiencias del pensamiento, a la vez que los pensamientos de la experiencia, esos que pueblan nuestras conversaciones y nuestras bibliotecas, nuestros encuentros y controversias, parecen característicamente atraídos por la figura de algo que la cesura o la interrupción de lo corriente y de lo continuo viene a pausar y poner en espera. Interrogar ese "algo" que es una forma de habitar el entre de la pausa.

Palabras claves

Abstract

"In thinking belongs both the movement," notes Walter Benjamin, "and the stopping of thoughts. There where thinking, in a constellation saturated with tensions, comes to a halt, the dialectic image appears. It is the caesura in the movement of thinking" (Benjamin, 2016, p. 478). [...] In fact, the countless experiences of thought, as well as the thoughts of experience, those that populate our conversations and our libraries, our encounters and controversies, seem to be characteristically attracted by the figure of something that the cessation or interruption of the ordinary and the continuous comes to pause and put on hold. Interrogating that "something" which is a way of inhabiting the between of the pause.

Keywords

“Al pensar pertenece tanto el movimiento –anota Walter Benjamin– como la detención de los pensamientos. Allí donde el pensar, en una constelación saturada de tensiones, llega a detenerse, aparece la imagen dialéctica. Es la cesura en el movimiento del pensar” (Benjamin, 2016, p. 478). En otro de esos textos que, como el de Benjamin, han sabido pausar y escandir el movimiento de nuestras lecturas, Maurice Blanchot se refiere a “la pausa legítima, la que permite la alternancia de las conversaciones, la pausa benévola, inteligente, o también hermosa espera por la cual dos interlocutores, de una orilla a otra, miden su derecho a comunicar” (2008, p. 93).

En efecto, las incontables experiencias del pensamiento, a la vez que los pensamientos de la experiencia, esos que pueblan nuestras conversaciones y nuestras bibliotecas, nuestros encuentros y controversias, parecen característicamente atraídos por la figura de algo que la cesura o la interrupción de lo corriente y de lo continuo viene a pausar y poner en espera. Interrogar ese “algo” –¿qué es lo que en efecto se detiene en la interrupción?– es una forma de habitar el *entre* de la pausa, ese intervalo que es también el destiempo del reposo y a la vez de la resistencia, donde se dirimen las heterotopías que nos obstinamos en pensar, en escribir, en decirnos.

Cuando se corta un curso, cuando algo entorpece, sobresalta o atasca el discurrir de lo que se pretende continuo y *comprehensible*, entonces se inquieta siempre toda elección excluyente, decidible o binaria, toda *tópica* disponible: todas las disyunciones –la soledad o los anhelos de lo común, el aislamiento o la comunidad, lo finalizado o lo abierto, lo vulnerado o la reparación, lo habitado o lo inhóspito, la herida o la cura, el silencio o las voces– se suspenden e indeciden en el afuera efímero pero radical de la pausa. Lo que llamamos crítica, o lectura crítica, es un ejercicio de la pausa, un modo de la detención, como advirtió Barthes en su célebre figura del gesto de quien interrumpe la lectura y levanta la cabeza (2013, p. 39); Juan José Saer –el prosista de la detención– reescribe ese ademán en su cuento “La tardecita”, y nos permite recordar que hay lectura solo si hay pausa, porque es lectora, lector, únicamente quien deja que la escritura del otro saque, de la memoria involuntaria del que lee, algo del pasado que en el ahora de la lectura gana instantáneamente y ya de modo vitalicio el espesor incalculable, inesperado, de la experiencia.

Este dossier de *Heterotopías* se escribió bajo el estímulo inicial de esas figuras de la pausa, que atraviesan el pensamiento de los últimos ciento cincuenta años (o más todavía, si retrocedemos a las poéticas fragmentaristas del Romanticismo). Si hubiese que titular ese lapso, resulta casi obligada la figura filosófica de la discontinuidad, que empezó a matizar todas las novedades del ejercicio crítico mucho antes de los trabajos insoslayables de

Gaston Bachelard y, por supuesto, antes de los textos decisivos de Maurice Blanchot, Louis Althusser, Michel Foucault –que asedió “los erizamientos de la discontinuidad” (1998, p. 8)– o los escritos de Paul De Man sobre la distancia irremediable entre el lenguaje como retórica y una supuesta lógica de las cosas. Marx y la Revolución, y “la poesía de la Revolución” como corte drástico con el pasado, en *El 18 de Brumario de Luis Bonaparte* (2003, p. 16). Nietzsche y el hiato insalvable entre filosofía y verdad. Freud y la estratificación de la subjetividad humana como un puzzle al que siempre le faltarán piezas clave que solo podríamos entrever de modo conjetural, poético o metonímico. Toda la obra crítica de Raymond Williams va tras el anhelo imposible de un pensamiento capaz de teorizar a la vez el conflicto disruptivo que explicaría *el cambio* (que impide siempre la totalización), y el insuprimible apetito humano de continuidad, comunicación, comunidad comprensible. En el ensayo que dedicó a Borges, Jacques Rancière acuñó una definición figurativa de la literatura que podría reunir provisoriamente esos y tantos otros pensamientos acerca del carácter constitutivo e insuprimible de la pausa, la interrupción, la cesura: “La supresión de la distancia entre las palabras y las cosas es el sueño constitutivo bajo cuya sombra se despliega el recorrido interminable del intervalo que las separa” (2011, p. 217). Por supuesto, ese anhelo está destinado al fracaso –como insistió Beckett– pero es irrenunciable: hay que seguir, no puedo seguir, voy a seguir. Por eso, entre las trampas que nos tiende la palabra “pausa” se destaca el supuesto de una continuación o una continuidad futura meramente postergada. Como si tras el intervalo siguiese, solo que algo más tarde de lo previsto, lo mismo que se hubiese presentado sin él. La pausa no solo interrumpe el curso sino que además lo altera, lo transforma, entre otras cosas porque es imprevisible: nadie sabrá nunca en qué palabra, en qué frase, en qué línea esta lectora y nunca otras, este lector y solo él pausará, ni exactamente por qué, ni exactamente con qué efectos. Una teoría de la pausa es siempre una teoría de la contingencia. Por supuesto, cualquier pausa puede proceder de una decisión técnica, formal, práctica o estratégica, incluso convencionalizada: *coming son*; enésima parte, la leyenda continúa; ya es hora de ir a dormir así que seguimos mañana; continuará en el capítulo siguiente; aquí estamos en la undécima sílaba de modo que termina el endecasílabo, el poema se pausa y sigue abajo. Pero aún en esos casos, los efectos de la pausa, esto es el presente-futuro del poema tras la pausa, nunca está dicho antes de que la pausa sea leída, pronunciada o ignorada en una circunstancia que raramente carecerá de un componente aunque sea ínfimo de acontecimentalidad: toda contingencia presenta una diferencia aunque sea mínima, aunque sea ínfima pero siempre irreductible y, por tanto, infinita. La pausa es –para decirlo con Alain Badiou– el sitio y el tiempo de la sustracción, de la emergencia de un significante supernumerario. En un

movimiento del pensar parecido, Giorgio Agamben comprendió bien la importancia que la tradición de la Poética supo darle desde siempre a la cesura, el encabalgamiento y el verso, y reflexionó sobre ello en “El final del poema” (2016, p. 249), que es un texto sobre la pausa y el hiato entre sonido y sentido, entre lo semántico y lo semiótico (pero que en cierta medida retoma lo que ya había escrito acerca de la cesura, el encabalgamiento y las pausas en *Idea de la prosa*).

No casualmente los autores que fuimos mencionando pensaron, con la pausa, el problema del tiempo y de la historia; contingente, imprevisible e irreductible a toda determinación, la pausa es también anacrónica; es decir, nunca está en un presente ya dado o disponible, sino que sus efectos dialogan con un des-tiempo respecto de lo actual, un desfase en la experiencia. Una marca de la pausa como des-tiempo se manifestó, en algunos de los trabajos que este dossier reúne, en el hecho de haber interrogado la pausa desde otro movimiento, la aceleración. Mientras se hablaba de la detención, otros cuerpos experimentaban un estado de cosas acelerado; y a su vez, mientras algo de lo actual parece imperado por el vértigo, el arte, el pensamiento y la literatura abren ahí la cesura de la pausa.

Por supuesto, ya se habrá advertido entonces que el problema de la pausa no se considera aquí como un asunto únicamente lingüístico, literario o discursivo. Pausa es un nombre para un problema de tenor antropológico o, si se quiere, relativo a toda teoría de la subjetividad y de la desubjetivación. Así lo entendieron Freud, Benjamin, Proust, Lacan, Borges y –antes y después que ellos– todos quienes interrogaron con vértigo y atrevimiento eso que separa sueño de vigilia, ese *entre* semi ciego, perturbador y a la vez revelador donde algo estaría terminando de pausarse mientras su reemplazo no termina de emerger y ocupar su tiempo.

Así, nos propusimos escribir momentos de un pensamiento en la pausa, acerca de ella y de sus experiencias, con el horizonte de varios umbrales posibles: las filosofías de la temporalidad, de la memoria y del olvido; la teoría literaria; la retórica, la crítica de la literatura y las artes; los dilemas de las culturas y de la política del presente ante los confinamientos, ante el intervalo, pero también ante el cese definitivo de las muertes y ante los modos atroces de *la gestión de la muerte*.

La primera sección del dossier, *Lecturas críticas*, reúne investigaciones que toman como punto de partida o como objeto de análisis, textos literarios o intervenciones y prácticas artísticas.

Rocío Altiner interroga en *Black out*, el libro de María Moreno, cómo las pausas alcohólicas conducen a revisar y a escandir en otros órdenes y secuencias los discursos “mayores” o fundacionales de y sobre la literatura argentina del siglo XIX; en la pausa entre la borrachera y la resaca, la separación de las interrupciones canonizadas parece haber sido reemplazada por otra e impone un ejercicio severo de corrosión de algunas de nuestras representaciones y tradiciones sacralizadas o repetidas.

Para Matías Moscardi, la escritura y a la vez el cannabis son “sustancias pausantes” que interpelan al lector cuando se encuentran en el poema: ¿cómo sería posible que ciertos poemas “que hablan del faso” comiencen a ser hablados por él? La pregunta abre una lectura de la poesía argentina contemporánea atenta a esos encuentros y diálogos entre escritura y cannabis. Así, Altiner y Moscardi encuentran en las posibilidades críticas para pensar las particularidades de estas pausas, un territorio novedoso donde retomar la tradición clásica que desde Baudelaire lleva el nombre de “paraísos artificiales” y acerca de la que escribieron Walter Benjamin y tantos otros.

También dedicados a textos poéticos, Diana Klinger y V. Ximenes trabajan sobre la espacialización en escrituras de Marília Garcia y Nuno Ramos (y en una instalación de este último), a las que asedian como interpelaciones a nuestro presente: ven allí cómo la lentitud y los detenimientos superponen temporalidades que el cronologismo separaba, y efectúan pasos de desaceleración que actúan las frustraciones de los proyectos de desarrollismo industrial de las economías periféricas latino-americanas; así, tales efectuaciones nos confrontan con fantasmas pasados y futuros: los de sociedades levantadas sobre la esclavitud y la explotación socioambiental. Las poéticas de Garcia y Ramos, así, apuntan a lo que no se ha pausado en la pausa, incluidos procesos de ocupación del territorio y traumas que emergen en la vida cotidiana del 2020. Mirar lo que no se ha detenido y pensar las cuarentenas también como profundización de las desigualdades sociales y aumento de los variados extractivismos capitalistas.

Martín Rodríguez analiza, por su parte, los efectos y presupuestos políticos de la detención en un conjunto de escenas actorales. A partir de “El autor como productor” de Walter Benjamin y el *perspectivismo* nietzscheano, propone como hipótesis que la diferencia entre el “actor creador” y el “actor productor” radicaría en que este último se vincula de modo intenso con la pausa produciendo el efecto de suspender el juicio moral sobre aquello que se escenifica. En ese sentido, la detención –que Rodríguez lee en “el tiempo de la tierra” y el “tiempo de la mugres”– interrumpe la interpretación moral de “lo que debería ser”.

También advirtiendo cuánto del tumultuoso pensamiento moderno sobre la temporalidad se juega en la figura de la pausa, Artur de Vargas Giorgi parte de la

apuesta de Walter Benjamin sobre la revolución como freno de emergencia del tren de la historia, de ningún modo como su discurrir progresista. Desde allí, el trabajo vuelve propicia la figura de la pausa para revisar puntos clave de la modernidad en torno de un pensamiento sobre los retardos. En los relatos críticos de la modernidad, escrituras y firmas como las de Franz Kafka, Marcel Duchamp o Jorge Luis Borges invitan a interrogar las potencias del retardo como actitud límite. La serie y sus posibilidades permitirían reunir, así, en una no-actualidad tensa, temporalidades diferentes pero afines.

Malena Pastoriza vuelve a una clase de pausa característica, las escenas del despertar, según la narran textos de Juan José Saer: entre el sueño y la vigilia, se pondría de manifiesto un efecto crítico de la literatura de Saer respecto del acto de percibir y de su representación. Pastoriza postula e indaga, así, una potencia interruptiva de la imaginación; la distinción hegeliana entre sueño (*Schlaf*) y ensueño (*Traum*), le permitirá emprender una relectura de algunas escenas destacadas de tres novelas saerianas que describen el acto de percibir en el instante del despertar. El trabajo describe estos segmentos narrativos como escenas del ensueño, de acuerdo a los aportes recientes de Germán Prósperi –que se recogen en su artículo para este dossier– en torno al *Traum* en el sistema hegeliano: una suspensión de la respiración dialéctica, el extra-tiempo del Ser, dimensión abierta a los Monstra, lo extra-humano de lo humano.

Con impulso especulativo, las escrituras reunidas en la segunda sección, *Teorías, filosofía, pensamiento*, exploran la pausa como experiencia, fenómeno, categoría, matiz; en suma, como oscilación que da cuenta de tensiones polares y que así indecide su nombre para deslizarse hacia el detenimiento, la repetición, la interrupción, la ruptura, la escisión.

Germán Prósperi escribe un pensamiento de la pausa como experiencia de la escisión constitutiva de lo humano en cuyo origen estaría el *phobos* o la pesadilla. Si “el soñar es la experiencia paradigmática del Afuera cósmico o extra-humano”, la pesadilla es la experiencia de la Herida o el Trauma que escinde al símbolo. Esa escisión parece haber sido colmada por la imaginación, más particularmente por la “imaginación simbólica” que opera por una fuerza “conjuntiva”. Sin embargo, nos advierte Prósperi, para “para comprender en toda su magnitud la naturaleza de la potencia imaginativa, hay que destacar también su función disyuntiva o separativa”, es decir, hay que interrogar la *imaginación diabólica*, aquella que expone una función disyuntiva, y que –para decirlo en los términos de este *dossier*– introduce un intervalo o pausa entre los elementos constitutivos de lo humano, entra en relación con el *Trauma* como fractura topológica y pausa cronológica.

Federico Cortés, por su parte, invita a pensar la pausa, en la obra de Maurice Blanchot, como una ética de la interrupción. Esta alude a una distancia donde la relación con otrx no busca fundirse en la duplicación identitaria (la identificación del “yo” en “otro”), sino en lo desconocido que aloja la no identidad consigo mismo del sujeto: se trata de “fundar mi relación con el otro a partir de la distancia inabarcable que nos separa”, afirma Cortés. Así, la interrupción funciona, a lo largo del trabajo, en tanto categoría a explorar y definir; pero además, y principalmente, como operador crítico que permite leer la obra de Blanchot en una dimensión histórica no reductible a las tensiones polémicas de su escritura, y por lo tanto dejar oír, en la ambigüedad de la literatura, la “irrelación [de esta] respecto al espacio del saber”. La interrupción de las pretensiones de identidad y saber articula entonces un problema que atañe tanto a la historia como a la política y la literatura.

Simonetta Torres propone centrarse en el estudio de la actividad de la mente y la actividad mundana, diferentes y relacionadas, en la situación específica de la emergencia sanitaria actual; y lo hace desde la matriz de un pensamiento ético-político clave del siglo XX que problematiza las categorías de pensamiento, pluralidad, acción y juicio: Hannah Arendt. Desde el hallazgo de un fragmento de Blaise Pascal (quien en el siglo XVII piensa el vínculo entre pensamiento y divertimentos) y la recuperación de la figura de Sócrates, el texto contrasta –siguiendo la reflexión arendtiana– las diversas configuraciones entre experiencia de pensamiento, vida solitaria, aislamiento y soledad, a los fines de problematizar el ejercicio del juicio cuando se viven situaciones límite.

En diálogo estrecho con algunas de las hipótesis propuestas en el primer apartado del *dossier* y la mirada política que predomina en el tercero, Luciana Espinosa y Senda Sferco recorren, en los textos de Walter Benjamin lector de Baudelaire, el problema de la pausa a partir de las nociones de “correspondencia” y “rememoración”. Benjamin habría buscado con ellas una salida no solo frente a los abordajes continuistas de la temporalidad – y su consecuente falta de historicidad– sino también al tipo de *vivencia* causada por el *shock*. Tanto la correspondencia como la rememoración y el shock están marcados por una dinámica de percepción discontinuista; pero mientras el último insta una temporalidad yerma, acumulativa de puro presente, las correspondencias la redensifican porque logran traer el pasado al presente. La construcción de esta temporalidad lleva a Benjamin a discutir la teoría bergsoniana acerca de la memoria, en la que encuentra la persistencia de una temporalidad unificada, y proponer en cambio una teoría de la *rememoración*, donde se abre una relación inesperada con el pasado.

Willy Thayer arriesga una escritura en/sobre/hacia “las mutaciones”, noción que toma de Braidotti y que comprende en tensión con la acción y la posibilidad de postular su pausa

absoluta. Enlazando y entrelazando las nociones de *pausa*, *mutación* y *acción*, el texto trabaja con y desde sus figuras literales: el fieltro, la textura de felpa que experimenta los relieves de una trama de voces e imágenes en montaje. Desde una lectura y escritura que se asume en resonancia de las reflexiones de Deleuze sobre la imagen, propone pensar en el cine la potencia de los cortes y las rupturas no como discontinuación sino como la continuidad de la mutación.

Natalia Lorio ensaya una escritura que tensa la experiencia y la pausa en un vaivén que busca re-pensar un modo singular de la repetición: una *repetición no negativa*. Desde la propuesta de un cambio o giro de lo que llama “gramática de la experiencia” y “gramática de la repetición”, se habilita una reflexión desde escrituras (Jay, Bataille, Maillard, Blanchot, Deleuze, Stein) que piensan tanto la repetición en el tiempo cuanto la composición en la repetición. Algunas figuras guían este recorrido: el desastre, el *loop*, los pliegues; figuras que postulan una temporalidad no lineal, habilitando posibilidades singulares de la composición (estética, filosófica, política).

La tercera parte del dossier, *Intervenciones y polémicas de lo actual*, reúne tres textos en los que, más allá de segmentos de investigación y desarrollos argumentativos diversos, se destaca una voluntad polémica y por momentos denunciante respecto de la actualidad perentoria de la catástrofe pandémica global (especialmente en Europa y en Brasil). Apoyándose en articulaciones teóricas repuestas o construidas para la ocasión, los trabajos de Annick Louis, Byron Vélez Escallón y Ana Carolina Cernicchiaro procuran intervenir, con opiniones y tomas de posición ideológica y política definidas y claramente situadas, en las aristas más duras y violentas de aspectos sociales o institucionales del presente.

A partir de una perspectiva histórica que se remonta a la Reforma de Boloña en los años '90, Annick Louis piensa la suspensión que aparentemente habría producido la pandemia como otro avatar de las aceleraciones que se viven en el ámbito académico y universitario. En ese sentido, propone un movimiento doble: la aceleración más que la detención –de manera similar al pensamiento propuesto por Cernicchiaro– y la historicidad más que la novedad de lo que trajo el contexto mundial de emergencia sanitaria. La recuperación de la figura de Viktor Klemperer le permite pensar la “extraña peligrosidad de lo familiar”, y articular esos dos movimientos que mencionamos. Si, como afirma Louis, “[l]os últimos meses nos han enfrentado con mayor fuerza a una de las dificultades que ya marcaban nuestra vida cotidiana”, la pregunta es por las posibilidades de construir “un compartir” social y no solo personal donde interrogar los “puntos ciegos” del sistema

académico, ya que “aquello que una comunidad no puede pensar ni imaginar” es también el lugar donde “puede inscribirse la innovación”.

Byron Vélez Escallón lleva a cabo una lectura vertiginosa de la situación social, política y económica en Brasil. Poniendo en el centro de la reflexión a la experiencia de la educación remota o virtual y haciendo una lectura transversal de voces e intervenciones en diversos medios de comunicación, desenmascara falsas opciones y alternativas en torno al autoritarismo y la democracia en su país. Desde diversos puntos de inflexión, el texto polemiza sobre la partición de lo sensible en Brasil; la educación superior en términos de “fetichismo”; las singularidades de lo que llama “el odio a la democracia”, desde un diagnóstico de distorsión de la percepción producido por la ideología meritocrática dominante en Brasil; entre otras cuestiones. Ante la pregunta por el *qué hacer* en esta “nueva normalidad”, se propone recuperar la clave benjaminiana del “autor como productor” para la docencia y así vislumbrar una pequeña esperanza ante la grave situación laboral que se experimenta en la actualidad.

Ana Carolina Cernicchiaro reflexiona sobre la experiencia de la pausa desde lo que propone pensar como su revés o su opuesto, esto es: la aceleración que se vive en tiempos de aislamiento; situación que multiplica exigencias de productivismo en un contexto que la autora piensa más cercano al automatismo que a la creatividad. En esta experiencia acelerada de la vida, fundamentalmente son las subjetividades las que se ven afectadas, en su sensibilidad y modos de (no) estar en común. Recuperando reflexiones de diversas teorías, tanto europeas como latinoamericanas, el texto indaga sobre el modo singular en el que el automatismo de la vida moderna se vincula con la anestesia de la vida pandémica.

Para quienes comenzamos a pensar este dossier y coordinamos su edición, la pausa fue ganando espesor no en uno sino en varios pliegues más o menos imprevistos: fue a la vez un recorrido intenso por la reflexión de la pausa y sus pensamientos posibles, un retorno a algunos de los grandes temas y los más arduos dilemas de la teoría crítica y de la historia literaria y cultural que hemos estudiado y discutido por años, pero fue además una pausa y una experiencia de la pausa en sí misma, de los tiempos y destiempos del diálogo y de la detención, de la interrupción, de la prosecución y la inquietud por la incertidumbre de lo por venir. La pausa que abre, esperamos, es la pausa de la crítica: la que deja lugar a que lxs lectorxs tomen su turno y corten, desvíen, aceleren o demoren las contingencias de otros itinerarios.

Bibliografía

- Agamben, G. (2016). El final del poema. *El final del poema. Estudios de poética y literatura*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo. 249-258.
- Agamben, G. (2015). *Idea de la prosa*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Badiou, A. (2002). *El ser y el acontecimiento*. Buenos Aires: Manantial.
- Barthes, R. (2013). Escribir la lectura. *El susurro del lenguaje*. Barcelo: Paidós. 39-43
- Benjamin, W (2016). *Libro de los pasajes*. Madrid: Akal
- Blanchot, M. (2008). La interrupción. *La conversación infinita*. Madrid: Arena Libros.
- Foucault, M. (1998). *La arqueología del saber*. México DF: Siglo XXI.
- Marx, K. (2003). *El 18 de Brumario de Luis Bonaparte*. Madrid: Fundación Engels.
- Rancière, J. (2011). *Política de la literatura*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- Saer, J.J. (2000). La tardecita. *Lugar*. Buenos Aires: Seix Barral.

Fecha de recepción: 24 de noviembre de 2020

Fecha de aceptación: 26 de noviembre de 2020

Licencia  Atribución – No Comercial – Compartir Igual (by-nc-sa): No se permite un uso comercial de la obra original ni de las posibles obras derivadas, la distribución de las cuales se debe hacer con una licencia igual a la que regula la obra original. Esta licencia no es una licencia libre.

